



## CAPÍTULO VII.

---

### UN DÍA DE CAMPO EN GUANAJUATITO.

**L**OS burros de la compañía, los caballos de Pico y de Romero, algunos otros de mejor estampa y un quitrín de dos ruedas, eran los vehículos que debían conducir á la compañía dramática y á algunos otros convidados á Guanajuatito, lugar elejido por D. Pepe para la fiesta con que tan generosamente obsequiaba á Romero y á su señora la primera dama de la compañía.

Cuando Pico llegó al lugar de la reunión ya las señoras estaban colocadas sobre sus

respectivos asnos, y todos los satélites de don Pepe sirviendo de galanes comedidos y serviciales.

No faltaban charritos que, en tratándose de un paseo con señoras, llevaran sus mejores caballos y sus más lujosas sillas; el prefecto manifestó por medio de su escribiente que no sería de la caravana, porque tenía un quehacer preferente del servicio; pero que se presentaría después.

Esto lo encontró el prefecto en armonía con su caracter de primera autoridad; pues era de muy buen efecto dar una prueba manifiesta de que para él era primero el servicio público que las diversiones particulares.

El administrador de rentas no tuvo inconveniente en cerrar la oficina, y el escribiente, el poeta Fuentes, aunque desvelado á consecuencia de los versos, apareció rozagante, con su ropa nueva, y dispuesto á subyugar con sus atractivos á la jóven María, cuyas miradas le habían hecho ver estrellitas.

La mañana era hermosa; y bien pronto la comitiva se puso en movimiento, caminando primero por unas callejuelas formadas por tapias, sobre cuyos bordes se recostaban las perezosas higueras ó descollaban los corpulentos árboles de aguacate.

Guanajuatito es la prolongación de la cañada en cuyo fondo está Santa María del Río; después de haber dejado atrás las huertas se asciende por las mismas faldas de las montañas seculares, que conservan por todas partes su aspecto sombrío y árido contrastando con los remansos, las praderas, los cármenes y las vegas de las faldas; éste es el camino de Guanajuatito: se llega al pueblo sin sentirlo; y cuando ya se ha elevado el terreno de las cuevas se ve á lo lejos á Santa María dormida entre sus árboles.

La caravana, caracoleando por los vericuetos, los zarzales y las casitas que estrechan el camino, llegó á una puerta desde la cual se descende por una rampa hasta un vergel, en cuyo fondo se elevan árboles

colosales tegiendo una bóveda de follaje por donde apenas penetra el sol; algunos viñedos y milpas se extienden al frente hasta tocar el río, bordándolo con una doble hilera de sauces, y después otra vez la montaña aterida y triste, pero majestuosa.

Una orquesta colocada en el centro del vergel recibió á la comitiva entonando una marcha nacional; y otras varias personas esperaban ya en aquel sitio á los recién llegados como para hacerles los honores del recibimiento.

Los alegres acentos de la música y la presencia de las jóvenes alegres y bulliciosas completaban aquel cuadro, en el que la naturaleza se había encargado de preparar el salón del baile, decorado con esos *frescos* que en vano se afana el hombre por imitar.

El aspecto de aquel conjunto era tan risueño, que los árboles rizaban á veces algunas de sus menudas ramas como estremeciéndose de placer, mientras que los rudos habitantes de aquellas comarcas olvidadas del mundo, estaban inmóviles y se

creían sin duda bajo la impresión de un sueño extraño.

Entretanto, las miradas de los convidados de ambos sexos llovían sobre la primera dama y sobre la bailarina.

En los pueblos cortos, la aparición de una mujer que usa toalla de Venus y puff es un acontecimiento inolvidable.

Dos jóvenes trigueñas, cuya epidermis había recibido denodadamente tanto sol como los higos de Santa María, se lastimaron los codos á tanto hacerse señas.

—¡Ay! mira qué blanca es la cómica!

—Es porque está encalada.

—Yo cuándo!

—Ni yo tampoco.

—¿Y con qué se pintará?

—Con cal, con qué ha de ser.

—O con tizar.

—Sepa Dios cómo tendrá la cara de rajada.

—Tal vez será tan prieta como nosotras.

—¿No le parece á usted, decía una señora mayor á su vecina, que eso de pintarse está bueno para las tablas nada más?

—Ya se ve, para venir al campo no se necesita pintura.

—Pero estas mujeres son todas ficción.

—Pero vea usted como trae á los hombres, todos la rodean.

—La novedad, hija, la novedad; como por aquí no se ve seguido de eso....

—Bien visto, son mujeres como todas.

—El caso es que son las más solicitadas.

—*Por cierto de ellas!*

—Tengo una duda, señor, le decía la mujer del administrador de rentas al padre cura que estaba bajo un arbol.

—Diga usted.

—¿Es cierto que las cómicas están excomulgadas?

—¿Quién le ha dicho á usted eso, señora?

—Como las muchachas *dencá* D.<sup>a</sup> Rosa no quisieron venir por eso!

—¿Es posible?

—Y no es otro el motivo; pero empezó doña Rosa con que si las mujeres de teatro estaban excomulgadas y si eran esto y lo otro y lo de más allá; de si era pecado darles la

mano, y que te fué y que te vino; las muchachas por temor de gravar su conciencia (ya las conoce usted) no vinieron.

—Pues hicieron mal, dijo el señor cura, las cómicas es cierto no son personas muy bien recibidas en la buena sociedad, pero hoy día en que las costumbres van cambiando tanto, esas señoras empiezan á tener entrada en todas partes; además, que teniendo buena conducta yo creo que no hay inconveniente en tratarlas.

—Pues yo decía, porque como.... vea usted á los hombres, si no hablan más que con ella, y vea usted á mi marido; si le bailan los ojos, y anoche no me habló más que de lo peligrosas que le parecen esas mujeres; véalo usted, véalo usted, señor cura.

—Pero no se alarme usted por eso, hija mía, hasta cierto punto es natural; figúrese usted que son las convidadas, las dueñas de la fiesta, como quien dice, y es preciso que las personas notables como su marido de usted, les hagan los honores.

—Sí, convengo en ello, pero no tanto;

mi marido no me hace caso desde que llegaron las cómicas.

Efectivamente, el administrador á pesar de aquella conversación edificante que tuvo con el juez letrado sobre lo peligrosas que son las mujeres de teatro, parecía solazarse en jugar con fuego.

Don Pepe García había adquirido ya gran familiaridad con la primera dama, y ya se permitía sus chanzas atrevidillas; todo lo cual ponía en un brete al pobre del escribiente, que se había empeñado en hacer su conquista é fuerza de miradas.

La música anunció unas cuadrillas á la sazón que el administrador hablaba con María; don Pepe se apresuró á pedir las, pero el administrador, conociendo el intento, se adelantó á pesar de no saber bailar.

El escribiente vió todo esto y pidió las cuadrillas á la bailarina y se paró frente á María.

—¿Está usted muy contenta en su carrera, señorita? le preguntó el administrador á María, cuando se hubieron parado.

—Le diré á usted, le contestó María.— Es cierto que es una carrera de gloria, pero tiene muchos inconvenientes.

—Ya lo creo, dijo el administrador.

—En primer lugar, las exigencias del público, tan voluble en todas partes y tan incomprensible. Figúrese usted que estando en Mazatlán canté *la paloma* en una noche de mi beneficio, y adios! desde ese momento ya el público no quería que yo hiciera otra cosa que cantar *la paloma*, viniera ó no al caso.

—¡Habrás visto ocurrencia!

—Pues señor, *paloma* fué, que se acabó la temporada.

—¡Cosa más rara!

—En Colima ¿creerá usted que no gusté en la «Dama de las Camelias?»

—¿Nó?

—No, señor, ¿usted me ha visto trabajar en ese drama?

—No, señorita, yo no he visto *dracmas*, no más comedias.

—Pues hago furor: esto no quiere decir

que lo haga yo bien, ni que me tenga por gran cosa; pero me cae bien ese papel, lo siento, y en consecuencia lo muevo bien, las transiciones me salen muy naturales y el llanto persuade porque..... segun me han dicho..... una de las cosas que yo sé hacer en las tablas, es llorar.

—¡Oiga!

—Sí señor; pues á pesar de eso la «Dama de las Camelias» apestó.

—¿Apestó?

—Sí señor.

—Señorita, permítame usted que no la crea.

—Por qué?

—Porque..... ¿usted hacía esa Dama de las.....

—Sí señor.

—Y dice usted que..... apestó?

—Exactamente.

—¿La Dama?

—Sí señor.

—Pues no puede ser: insisto en que no puede ser.

—¡Cómo!

—Es decir, todo me parece que puede suceder, señorita, menos que usted.....con perdón de usted .....que usted..... apes- te..... porque al acercarse uno á la perso- na de usted, señorita, huele como á flores, como á esencias; y eso estando cerca; con que ¿cómo puede haber olido el público de Colima desde los asientos para que usted les hubiera.....

—¡Ja! ¡ja! dijo María riéndose de buena gana; es que nosotros los actores tenemos esa frase, para indicar que una comedia no gusta y decimos así: *esta comedia apestó*.

—¡Ah! ¡ah! dijo á su vez el administra- dor, yo creía que se trataba de fetidez, de hedentina.

—No, no señor; Dios me libre!

—Al paso que, continuó María, el mismo público quedó encantado con una pieza del teatro francés que es un *esperpento*.

—Un qué?

—Un esperpento.

—Perdóneme usted, señorita, nosotros

los que no vivimos en las ciudades, no entendemos muchos términos de esos..... ¿cómo decía usted? un qué?

—Un esperpento, ó lo que es lo mismo, un culebrón.

—¿Esperpento es lo mismo que culebrón?

—Sí, señor.

—Y culebrón y esperpento quiere decir....

—Una comedia mala.

—Ah!.... ya, eso sí, ya sé, ¡esperpento!

—Le digo á usted que el público es lo más variable que se conoce y lo más difícil de contentar.

—Eso consiste en que el público no se compone de administradores de rentas de Santa María del Río; dijo el administrador, pareciéndole ésta la mejor de las flores que había dirigido hasta entonces á la cómica.

En cada media cadena de las cuadrillas, el escribiente apretaba la mano á María, y ésta, con la mayor ingenuidad, le pagaba con una sonrisa.

A cada sonrisa se espeluznaba el escri-

biente, y cada espeluzno era, según lo que sentía, un paso á la felicidad.

Cuando terminaron las cuadrillas, el escribiente procuró buscar asiento junto á María, y logró, no sin bendecir su fortuna, un asiento próximo.

—Señorita, soy el más feliz de los hombres.

—¿Sí?

—Figúrese usted que no he dormido anoche.

—¿Y á eso llama usted felicidad?

—Sí, porque en vez de dormir estuve haciendo versos para usted.

—¡Ah! es cierto; ¿usted es el joven que tuvo la bondad de ofrecerme unos versos?

—Yo soy, señorita, el mismo Jesús R. Fuentes, servidor de usted.

—Yo lo soy de usted; ¿y se acabó ya la composición?

—Ya, y la puse en limpio; está un poco incorrecta, porque qué quiere usted, las prisas....

—¿Pero en dónde está? ¿la trae usted?

—Sí, dijo en voz muy baja el escribiente; sí, señorita, pero no creo prudente darle á usted el papel aquí.... delante de todos.

—Eso no tiene nada de particular.

—Yo no sé si su marido de usted será celoso.

—¡Quiá! ¡qué celoso! ¡pues quedaba fresco!

—Y además, las gentes que son tan maliciosas.... y luego que don Pepe no nos quita la vista.... Ya encontraré ocasión para darle á usted el papel con disimulo.

A María no le pareció conveniente insistir, y dejó que el escribiente siguiera acariciando sus dulces ilusiones.

Diremos algo de María.

María nació bonita y en Morelia: murió su papá en campaña sin dejarle á su viuda más que á María, que tendría entonces diez años.

María había aprendido á leer y tenía muy buena memoria: relataba tres cantos seguidas del Moro expósito, y los decía en su teatro formado con sillas y sábanas.

La viuda se consolaba con las gracias de su hija.

Madre é hija comían ese pequeño pan que suele ganar la mujer en México cosiendo; pero la aguja era cada vez más insuficiente.

María disfrutaba una pensión militar, merced á la cual la miseria venía más lentamente; pero á la primera suspensión de pagos, la madre y la hija comenzaron á verle las orejas al lobo.

A la pensión siguió la casa de empeño, adonde fué á parar el resto de las antiguas comodidades.

Después del empeño el *¿qué haremos?* y después de esta triste frase un oficial.

Este oficial tenía buenos bigotes y paga en corriente; circunstancias por las cuales la madre de María bendijo ingénuamente á la Providencia.

Los tres comían juntos, y como comían juntos, el oficial, que era de buen apetito, notó que María tenía unos dientes magníficos.



María notó á su vez que los bigotes del oficial eran muy sedosos.

Un día le vino la tentación de peinárselos. Lo primero que María le regaló al oficial, en armonía con sus opiniones, fué un peinecito.

Los bigotes del oficial se pusieron más sedosos; los traía siempre muy bien peinados.

En esta sazón surgió una orden perentoria, una orden militar de esas de á media noche; la revolución estaba encima y los bigotes del oficial corrieron el peligro de volverse á entregar á la incuria.

Al día siguiente la madre de María estaba sola.

El oficial se había llevado sus bigotes, su peinecito y á María.

Cuando María reflexionó en lo que había hecho, lo primero que pensó fué esto, de pura vergüenza:

—Yo no tengo cara para presentarme delante de mi mamá: no la vuelvo á ver.

Y así sucedió, no la volvió á ver.

El caracter del militar parecía tan dócil como sus bigotes, pero esto fué al principio.

Después, cuando se perdió el peinecito, el oficial era una especie de Júpiter de Offenbach.

María, como sucede á la débil mitad, no pudo resistir el yugo y la tiranía de su Júpiter; y por lo poco que había aprendido de táctica ligera, tocó retirada.

Esta retirada fué para incorporarse con un cómico que hacía galancetes.

La ley de los hechos consumados consagró desde entonces la unión de María del Carmen Zubiría con el ex-teniente, hoy don Gervasio Miguel Romero del Campo, artista nacional, formador, director, empresario y pintor escenógrafo de una compañía dramática de lo mejor que se ha visto.

En seis años el primer galán y la primera dama se habían hecho artistas, á la vez que viajeros infatigables, pues habían recorrido ya media república.

María había tenido ya muchos beneficios;

y no era la primera vez que se veía siendo objeto de obsequios cuantiosos.

La prodigalidad es una virtud rara.

Una artista bonita está siempre abriendo las manos.

Entusiastas hay que empeñan su reloj para hacerle un obsequio á una artista que se les va de las manos al día siguiente como una golondrina.

Tanto el muchacho mal criado que hace una gracia como la actriz que hace algunas, han logrado establecer una contribución pingüe, que representa una fuerte suma en la circulación.

Todas las propinas se llaman gajes del oficio.

Las actrices recaudan estas propinas extendiendo su recibo en una sonrisa.

Pertenece á los dichosos escogidos, que pueden saborear estos monosílabos: Me dan.

Á María le daban.

Á D. Pepe le estaba costando un ojo todo aquello.

A María del Carmen, solo sonrisas y uno que otro apretón de mano.

El administrador, el escribiente, el prefecto y D. Pepe se estaban lamiendo los labios, antes del almuerzo; pero diremos en abono de ellos, que esta operación del sexo feo es un indefectible tributo que pagamos todos.

Aparézcase una chica de buenos perfiles, con dos ojazos de máquina eléctrica, una boca fresca y voluptuosa, que todo puede ser; y luego que la tal criatura tenga su chisgo y su no sé qué; resánese la epidermis, de suyo deleznable, con blanco de plata; y burlándose el más asqueroso tlapalero de más casta rosa de Castilla ministre un átomo de carmín extra, y tendreis todo lo que se necesita para lamerse los labios.

Y luego que á pocos varones se les puede quitar lo vanidosillos y lo pagados de sí mismos..... haced el favor de decirnos si todo lo que pasaba en Guanajuatito no era de todo punto natural, y si cabría en lo posible evitar que media docena de cerebros